

Canto a la pampa

Texto
Francisco Pezoa

Música
Tomás Gabino Ortiz



Investigadora responsable: Eileen Karmy
Contexto y transcripciones: Constanza Arraño

www.cancionobrero.cl
2024

Canto a la pampa

Chile, 1908

Texto:
Francisco Pezoa (1882-1944)

Música:
Tomás Gabino Ortiz

Can-to a la pam-pa, la tie-rra tris - te, ré-pro-ba tie-rra de mal-di - ción,

5

que de ver-do-res ja-más se vis-te ni en lo más be-llo de la es-ta-ción. ción. Don-de las

10

Estrillo

a - ves nun-ca gor - je - an, don-de no cre-ce la flor ja - más, don-de, ri -

14

en-do, nun-ca ser - pe - a el a - rro - yue - lo li-bre y fu - gaz. Don-de las

18

gaz. El a - rro - yue - lo li - bre y fu - gaz.

Canto a la pampa

Iquique, 1908

Texto	Francisco Pezoa (1882-1944)
Música	«Ausencia», de Tomás Gabino Ortiz
Temas	Memoria, matanza de Santa María de Iquique, derecho a la huelga
Publicada en	<i>Cancionero socialista</i> , recopilado por Luis A. Jara C. (Antofagasta: Imprenta El Socialista de la Federación Obrera, ca. 1910); <i>Cancionero revolucionario</i> , recopilado por Luis A. Jara C. (Santiago: Imprenta El Progreso, 1916); <i>Cancionero revolucionario</i> , recopilado por Armando Triviño (Santiago: Editorial Lux, 1925)

Canto a la pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación.
Donde las aves nunca gorjean,
donde no crece la flor jamás,
donde, riendo, nunca serpea
el arroyuelo libre y fugaz.

Año tras año por los salares
del desolado Tamarugal,
lentos, cruzando, van por millares
los tristes parias del capital;
sudor amargo, su sien brotando,
llanto sus ojos, sangre sus pies,
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués.

Hasta que un día, como un lamento
de lo más hondo del corazón,
por las callejas del campamento
vibró un acento de rebelión;
eran los ayes de muchos pechos,
de muchas iras era el clamor,
la clarinada de los derechos
del pobre pueblo trabajador.

«Vamos al Puerto», dijeron, «vamos»,
con su resuelto, noble ademán,
«para pedirles a nuestros amos
otro pedazo, no más, de pan».
Y en la misérrima caravana
al par del hombre marchar se ven,
la amante esposa, la madre anciana,
y el inocente niño también.

¡Benditas víctimas que bajaron
desde la pampa, llenos de fe,
y a su llegada lo que escucharon,
voz de metralla tan solo fue!
¡Baldón eterno para las fieras
masacradoras sin compasión!
¡Queden manchados con sangre obrera
como un estigma de maldición!

Pido venganza para el valiente
que la metralla pulverizó;
pido venganza para el doliente
huérfano triste que allí quedó;
pido venganza por la que vino
tras del amado su pecho a abrir:
pido venganza para el pampino
que, como bueno, supo morir.

Contexto

A comienzos del siglo XX, la minería del salitre en el norte de Chile era una de las más importantes del mundo debido al alto nivel de producción y su relevancia para la agricultura de numerosos países. Esta industria generaba significativas riquezas para los empresarios que eran dueños de las minas —en su mayoría, inmigrantes ingleses—, así como también, aunque en mucho menor medida, para el Estado por medio de la recaudación de impuestos. No obstante, las condiciones laborales en las oficinas salitreras eran inhumanas, tanto por la escuálida normativa que protegía la salud de las y los trabajadores —particularmente en lo referido a las jornadas de trabajo y la falta de elementos de protección personal— como por la pobre vida social que se les ofrecía en la pampa desértica.

Los obreros y sus familias vivían en campamentos dentro de las salitreras. Estos constaban de habitaciones de pocos metros cuadrados que limitaban la privacidad y en los que los servicios de higiene eran compartidos en espacios comunes. El acceso al agua potable era escaso. Además, el sistema de pago no era en dinero sino en fichas que solamente se podían intercambiar por bienes en las pulperías. Estas eran pequeños mercados que existían dentro de los campamentos y que eran administrados por los dueños de las compañías salitreras. En otras palabras, el trabajo minero era pagado mediante un sistema de racionamiento de alimentos.

A la vista de estas problemáticas, las y los trabajadores de las salitreras comenzaron a hacer huelgas para pedir salarios en efectivo, mejoras en la habitabilidad de las viviendas obreras y reducciones de jornada. Una de estas protestas se organizó en diciembre de 1907, cuando los obreros, sus esposas y sus hijos e hijas marcharon hacia la ciudad de Iquique desde las oficinas salitreras para negociar con las autoridades. Sin embargo, al arribar allí, fueron enviados a esperar en la escuela Santa María. Mientras estaban dentro, el gobierno del presidente Pedro Montt ordenó oprimir la manifestación, lo que terminó con el ejército abriendo fuego contra todas y todos los huelguistas que estuvieran al interior de la escuela, sin distinción de edad.

La cantidad de fallecidos nunca ha logrado ser confirmada, ya que se divulgaron cifras contradictorias. Se estima que en el lugar y los días posteriores murieron entre 2.000 y 3.000 personas: hombres y mujeres de todas las edades y de diferentes nacionalidades.

Si bien la matanza de la escuela de Santa María de Iquique es una más de las decenas que ha habido a lo largo de la historia de Chile entre agentes del Estado y manifestantes, se ha convertido en una de las más conocidas a nivel nacional. La violencia armada que militares entrenados ejercieron contra mujeres y hombres desarmados que estaban acompañados de sus hijos e hijas ha retumbado en la memoria colectiva del país desde el momento en que aconteció hasta el día de hoy, pues esta acción, ya condenable en la disímil expresión de fuerzas, se originó en una huelga pacífica en que se protestó contra condiciones de trabajo y vivienda que violaban sistemáticamente lo que hoy se entiende como derechos humanos. Lo anterior ha hecho de esta masacre un símbolo de la lucha social que ha sido reflejado en numerosas expresiones artísticas, como décimas y poemas publicados en revistas de la época, o la famosa *Cantata de Santa María de Iquique* compuesta por Luis Advis en 1969 y popularizada por el grupo chileno Quilapayún.

Lecturas recomendadas

- Ariel Mamani, «Aquello que la historia no quiere recordar. Tensiones y disputas en torno a la masacre de Santa María de Iquique». *Razón y Evolución: Teoría, Historia, Política*, n.º 24 (2012): 147-161.
- Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María, Iquique, 1907*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997.
- Eileen Karmy y Martín Farías, «¡Que no sirve de nada tanta comedia! La *Cantata popular Santa María de Iquique* entre la música y el teatro». *Revista Artescena*, n.º 10 (2020): 22-41.
- Eileen Karmy, «La cantata rock: resignificaciones sociales de la *Cantata popular Santa María de Iquique* y el valor de la reversión». En *¿Popular, pop, populachera? El dilema de las músicas populares en América Latina*, 345-359. Montevideo: IASPM-AL y Escuela Universitaria de Música, 2011.
- Juan José Rodríguez, «¡Contemplad vuestra obra! Voces de la masacre de Santa María de Iquique en la prensa anarquista peruana». En *Las historias que nos unen. 21 relatos para la integración entre Perú y Chile*, 319-340. Lima: Fondo Editorial PUCP, 2014.
- Manuel Lagos, *Canto a la pampa. Vida y obra del poeta anarquista Francisco Pezoa (1882-1944)*. Santiago de Chile: Mar y Tierra Ediciones, 2019.
- Pablo Artaza, Sergio González y Susana Jiles (editores), *A cien años de la masacre de Santa María de Iquique*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2009.
- Pedro Bravo, «Santa María de Iquique: el último recurso de los dirigentes». *Revista Ciencias Sociales*, n.º 17 (2006): 60-69.
- Rubí Carreño, «“Es peligroso ser pobre, amigo”: clase, masculinidades y literatura en las representaciones artísticas de Santa María de Iquique». *Atenea*, n.º 499 (2009): 109-120.